

ISSN: 1130-2887

ISSN electrónico: 2340-4396

Alberto ARCE. *Novato en nota roja. Corresponsal en Tegucigalpa.* Madrid: Libros del K.O., 2015. 212 pp. ISBN: 978-84-16001-32-3.

«El centro de Tegucigalpa es una enorme fosa común que no se cierra nunca».

Honduras es un agujero negro en la bibliografía en Ciencias Sociales. Son muy escasas las monografías dedicadas a este país fuera de sus fronteras, pero dentro de ellas tampoco son abundantes. Al desinterés de la comunidad académica internacional se suma la precariedad de las instituciones de investigación hondureñas, pero algo más, sus élites económicas no han apostado jamás por alentar el conocimiento temerosas de situarse en el centro del análisis de un Estado fallido como hoy lo es Honduras.

Apenas el golpe de Estado de junio de 2009 contra Manuel *Mel* Zelaya puso al país en el candelero durante unos meses. Entonces, la atención mediática y la militancia política académica pusieron su ojo crítico en una realidad sociopolítica que llevaba tiempo pudriéndose. Pero aquello ya es historia y aunque la movilización desarrollada en torno al movimiento inspirado por Zelaya se proyectó en el partido político Libertad y Refundación (LIBRE), su legado se ha disuelto en la política nacional. Las elecciones de 2009 dieron el triunfo al partido Nacional (conservador) llevando a la Presidencia a Porfirio Lobo y este partido revalidó su éxito electoral presidencial en 2013 aupando a Juan Orlando Hernández. Estas elecciones, en las que como es habitual en el país no hubo prácticamente control alguno del gasto en las campañas, en apariencia supusieron la quiebra del histórico bipartidismo asentado en la hegemonía del binomio compuesto por el Partido Liberal y el Partido Nacional. Sin embargo, a efectos concretos, la mayoría que la suma de los escaños de ambos partidos tradicionales les otorgó en el Congreso ha mantenido su control de la política hondureña avanzando juntos en la reforma constitucional de abril de 2015 que permite la reelección presidencial.

No obstante este escenario de supuesta normalización político-electoral, en Honduras se dan cita a la vez tres tipos de circunstancias específicas que determinan en gran medida su situación presente. En primer lugar, su evolución histórica se asienta en torno al término de «república bananera», un tipo de régimen con niveles ínfimos de control de la soberanía nacional, nulo desarrollo del Estado nación y una economía basada, en lo referente a su balanza de pagos, en las exportaciones de productos agrícolas. En segundo término, una sociedad civil ausente, sin tejido asociativo, predominando relaciones clientelares, alto nivel de analfabetismo (16%) y un machismo exacerbado. En términos demográficos, en 2015 la edad media de la población es de 21 años y la población se asienta por igual en las ciudades y en el campo, estimándose que hay 1,2 millones de hondureños viviendo en Estados Unidos. En tercer lugar, tiene una posición

geográfica que le sitúa en un espacio de paso entre el norte y el sur del continente, con costas en ambos océanos y un territorio relativamente poco poblado (con una densidad de 67 habitantes por km²).

La combinación de estas circunstancias proyecta hoy un país que se sitúa como uno de los de mayor nivel de criminalidad y cuyas tasas de homicidios son las más altas de América Latina. En términos de percepción de la corrupción, Transparencia Internacional lo colocaba en el puesto número 126 entre 175 países. Por todo ello, no es desatinado poder calificar este escenario como uno muy próximo al de un país paria en el seno de la comunidad internacional.

Alberto Arce, periodista español residente en Tegucigalpa entre 2012 y 2014, se acerca a la realidad cotidiana de Honduras desde una posición de testigo privilegiado. Su quehacer le lleva a un conocimiento muy próximo de lo que acontece en la calle, a analizar las causas y a percibir las consecuencias. Se trata de un trabajo de campo que mezcla visiones de la antropología social con otras de la psicología social hasta incluso llegar a las técnicas forenses. No le falta perspicacia politológica y, fundamentalmente, conoce la naturaleza humana y sus límites.

Este libro es una crónica de desastres de un país en el que las dos terceras partes viven en situación de pobreza. Un relato de lacras concretas que la academia traduce en categorías como estado de naturaleza, «zonas grises», el quiebre del monopolio de la violencia legítima estatal, la ausencia del concepto de lo público, el clientelismo, la narcopolítica (según la ONU, el 13% del PIB está relacionado con el tráfico de drogas). Los delitos precisos que se abordan en los códigos tienen su presencia que se hace rutina en las calles: el robo, la extorsión de las pandillas (maras) o de la policía, la asociación para delinquir de estos grupos a los que se suma el sector empresarial, la delincuencia infantil, el asesinato. Las políticas públicas de seguridad son desbordadas una y otra vez por incompetencia, mal diseño o, simplemente, porque el mal está dentro. La política penitenciaria es un desastre que permite que las cárceles sean centros operativos para seguir delinquiriendo y espacios donde pueden llegar a morir 361 personas como ocurrió en un incendio en febrero de 2012 ante la indiferencia generalizada. La policía está mal pagada, constantemente se ve superada por otro tipo de agentes que van desde la seguridad privada a escuadrones de la muerte a los que a veces no es ajena. Su preparación y los medios con los que cuenta son pésimos, tampoco cuenta con apoyo político constante. Los actores tienen carne y hueso y superan una y otra vez a las instituciones en las que nadie cree.

También es un libro que denuncia el permanente papel equívoco de Estados Unidos; su política migratoria, sus acciones antinarcotráfico, la defensa de sus multinacionales fruteras, la promoción de las Iglesias evangélicas. La perversa manera en que la politiquería permea todo el país mediante el clientelismo, la compra de votos que se proyectan simbólicamente en la macabra compra de ataúdes por parte de los políticos para los finados prosélitos y la omnipresente corrupción por la que todos se venden.

Manuel ALCÁNTARA SÁEZ
Instituto de Iberoamérica
Universidad de Salamanca